

Por esas sombras de duda que digo, cuando mi discípula me comunicó la elección que había hecho de tema, lancéle a quemarropa este enérgico apóstrofe:

Procul este profani!

Pero ella sin inmutarse y antes bien poseída de un sacro fuego semejante al que en momentos especiales animaba a la Pitia délfica, in continenti replicóme:

In rebus dubiis plurima est audacia!

Y ¡qué quiere usted! tuve que conformarme con que tratara el tema que se le puso entre ceja y ceja, convencido, además, como lo estoy, de que en la época actual mucho más que en otras de la historia, según el vulgar proloquio, los patos les tiran a las escopetas.

Aquí pongo término, y me despido reiterándole la expresión de mi admiración y aprecio.

MANUEL G. REVILLA

IN MEZZO DIL CAMIN....

*In mezzo dil camin de nostra vita
mi retrovai. . .*

DANTE.

Largo camino a la mirada mía
como si fuera colosal serpiente
en caprichosas curvas se extendía,

y ante el cristal de mi pupila ardiente
aquel camino, bajo el sol dorado,
se empezó a desdoblar pausadamente...

Y lo miré. Y hallábase alfombrado
unas veces con pétalos de rosas
y otras con zarzas de ramaje airado;

y vi que las fontanas rumorosas
en cuya verde margen florecían
capullos de fragancias milagrosas

a trechos so la tierra se escondían
y, trocadas sus linfas murmurantes
en amargo licor, reaparecían...

Un aura suave, cariñosa enantes,
agitaba con soplo nemoroso
la frente de los árboles pujantes,

mas se encrespaba con vaivén furioso
y descuajaba cedros, convertida
en un desbordamiento proceloso.

Del sol la lumbre que a luchar convida
cubrieron tenebrosos abenuces
y sangre y llanto, cual de abierta herida,
bajo el fulgor de moribundas luces,
brotaron del camino que miraba
lleno doquiera de dolientes cruces...

Un nudo a la garganta me apretaba
y al ver aquello, con horror profundo
¿qué es esto? ¿qué es? en mi interior gritaba.

Este camino que atraviesa el mundo
hasta perderse en el azul del cielo
¿por qué florece en zarzas furibundo
o muestra rosas, y por qué su anhelo
de la dicha bordea las regiones
o lleva a cimas de perenne hielo?...

Y, de repente, innúmeras legiones
surgieron por doquier; eran millares
y millares de miles de millones.

Eran más que los claros luminare
del cielo azul y más que los tropeles
de las olas bramantes de los mares.

Era Asia fiel, la de amarillas pieles,
y la Europa feliz de ojos azules
y América ceñida de oropeles;

y eran hembras cubiertas por los tules
de la viudez, donceles arrogantes
con altiva arrogancia de abedules;

y eran senos de dicha palpitantes
y eran sollozos de amarguez penosa
y eran como alegrías desbordantes...

Y siempre avante la vejez rugosa,
y siempre atrás la juventud florida
y *casi quieta* la niñez gozosa,

ante mis ojos, como en larga huída,
desfilaba el cortejo majestuoso
de los peregrinantes de la vida...

Un grupo que marchaba jubiloso
cautivó mi atención. Lo componían
hombres hechos en moldes de coloso;
hombres en cuya mano se veían
el martillo, el cincel, la férrea azada
con que los senos de la tierra hendían
y en cuya frente, por el sol tostada,
fulgía, cual diamantes en reguero,
el cálido sudor de la jornada.

Y contemplé sus músculos de acero
hechos a destrizar la roca altiva
en que se rompe el huracán ligero,
a hundir cinceles en la entraña viva
de la piedra tenaz de donde brota,
serena y grande, la belleza esquiva,

a machacar, tras de fatiga ignota,
cárdeno hierro que al impulso fuerte
un rojo enjambre de luceros brota,
y a convertir en galardón de muerte
—y de vida también—el roble añoso
que bajo el hacha se desploma inerte....

Delante de aquel grupo jubiloso
marchaba un conductor. Su vestidura
era a modo de un peplo luminoso;
su blanda voz, su patriarcal figura,
su mirada suavísima, serena,
inundaban las almas de dulzura,
y en su mano gentil, de albores plena,
a modo de bandera levantaba
un ramo florecido de azucena....

José... José... la turba le gritaba
y anhelante, y ufana, y reverente
sobre la huella de sus pies marchaba,
porque su casto amor, arcanamente,
trocaba en poso de placer augusto
la acerba copa del *dolor furente*....

Obreros, proseguid: severo y justo
El habrá de llevaros a la meta
en que jamás encontraréis disgusto;
en que no hiere el pecho la saeta
del cruel dolor; en que con golpes bravos
sórdida angustia el corazón no inquieta,
y en que Jesús, que todos sus amores
del obrero hizo para siempre esclavos,
os mostrará. radiantes de esplendores,
una cruz de madera y cuatro clavos....

NICOLAS BAYONA POSADA

Bogotá, abril de 1921.